

RAIMON PORTELL

SOLO EL VIENTO



¿Leyenda o realidad?

Esta es la historia de una joven que eligió la libertad...

**SOLO
EL VIENTO**

RAIMON PORTELL

**SOLO
EL VIENTO**

edebé

© Raimon Portell, 2025
Autor representado por IMC Agencia Literaria

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de cubiertas: Aurora Iraita

1.ª edición, febrero 2025

ISBN: 978-84-683-7387-4
Depósito legal: B. 15109-2024
Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Naatakchuk naatach auchianaak.
(Y el viento será viento y nada más que viento).

Antiguo proverbio de la pradera

Índice

El primer nombre	9
Después del tiempo de los juegos	17
Eligió el viento	23
Escarnio y ascenso	27
El presente	31
Ahora sí	35
Las razones	41
De la fuga	45
Condena y salvación	49
Sierras y más sierras	55
Sola	59
Una importante lección	69
De razones y razones	77
Y entonces lo oí	85
Aquel latido	89
Humo y cenizas	93
La búsqueda	95
Del duelo en la pradera	99
Con el extraño	101
Un trabajo más	105
Nos vamos	111
Lejos, muy lejos, y demasiado cerca	113
De su historia	119
Sentados para la cena	125
El graznido de la urraca	129
Otra vez en el río	137
Puedes llamarlo hogar	141

Del trabajo del verano	145
Anochecer	149
Una mota de polvo	151
Con un nuevo sentido	153
El principio del final	155

El primer nombre

Las buenas historias acaban siempre con un banquete. Esta historia, en cambio, empieza con un banquete. Quizá por eso no es una buena historia. Sin embargo, antes de servir ningún plato, déjame que te sitúe. Y no temas, seré breve.

Ya conoces unas cuantas cosas, las que habrás pillado al vuelo. Pero me parece que vale la pena que te lo ordene todo, con pocas palabras. Bastará con unos cuantos soplos de viento..., pues todo es viento, igual que fue el viento el que esparció las cenizas, y fue el viento el que trajo la nieve y regresó arrastrando la alegría de la primavera, que derritió la nieve y extendió las flores y la hierba que después el ciervo y el bisonte pastaron. Y los lobos hostigaron al ciervo, que huyó bosque adentro. Y así pasó un año, y bastó con un año para borrar la última huella.

Nosotros, en verano, también salíamos a buscar la caza por los bosques de la montaña y, como los lobos, en invierno bajábamos a las anchas praderas al encuentro de un tiempo más amable y de los grandes rebaños. «Hacemos como la oropéndola», decía mi abuela, juntando las manos e imitando el vuelo de este pajarillo.

Mi abuela era un personaje importante. Había sido la mujer del jefe, era la madre del jefe y presidía

el consejo de mujeres. Mi madre debería sustituirla cuando mi abuela se hubiera ido y mi turno llegaría después del de mi madre, si el mundo hubiese rodado como tenía que rodar, y no como rodó.

Mi abuela decidía cuándo se reunía el consejo, al que asistían las mujeres principales y nadie más. Nosotros no podíamos ni acercarnos, y así lo constató Oie el día que pegó la oreja a la tienda donde se reunían. Mi padre, que fue quien lo pilló, le pegó tal repaso que el chaval anduvo dolorido varios días. Cuando pregunté a mi abuela de qué hablaban en el consejo, se rio. «Degustamos galletas», dijo. «Tomamos té con zumo de frambuesa, menta y miel, y nos intercambiamos chismes». De lejos, se las oía cantar. Aunque también debatían cosas importantes, como la distribución de los víveres, la separación de las parejas y las asignaciones para los necesitados. Repasaban y remendaban los estropicios cotidianos. Y, dos veces al año, su decisión determinaba la vida de todo el pueblo.

Esta costumbre venía de lejos, desde mucho antes de que la abuela de mi abuela tuviera dientes.

Antes de eso, antes de que los nombres fueran nombres, cuando el pueblo subía al monte en primavera, era el jefe quien decidía dónde se establecía el campamento. Al igual que decidía dónde se instalaba en otoño cuando bajaban a la pradera. Y elegía a su antojo, a veces por las vistas, o simplemente porque se había sentado allí para reposar, o le parecía el rincón perfecto donde fumar con sus amigotes. Le daba igual si el terreno estaba en pendiente, o que estuviera junto al bosque donde merodeaban las manadas de lobos ham-

brientos, o que se encontrara demasiado lejos del río. No era su trabajo preocuparse de que los niños pisaran terreno seguro, ni estaba al cargo de las provisiones de carne seca, ni era el responsable de acarrear el agua. El jefe mandaba, cazaba, hacía la guerra y señalaba dónde había que plantar el poblado. Eran las mujeres las responsables de los niños, de la comida y del agua. Ellas debían proteger los víveres, vigilar que los críos no se despeñasen cuesta abajo y caminar lo que hiciera falta para llenar las jarras de agua. Eran tareas de mujeres y las que, por lo que fuera, las desatendieran se exponían a la reprimenda correspondiente.

Hasta que una se plantó. Se sentó en un prado junto al río y no se movió. Las otras mujeres intentaron persuadirla. «¡Ya sabes lo que te espera!», le advirtieron. Pero ella alegó: «El cuervo me ha dicho que me quede aquí». Y las otras mujeres, amedrentadas y agobiadas por el peso de sus jarros y de las criaturas, la dejaron allá.

Aquel atardecer, cuando su marido regresó de cazar, se encontró la tienda vacía, el fuego sin encender y la olla fría. Ni siquiera pudo apagar su sed, porque no encontró la jarra del agua por ningún sitio. Corrió a la tienda de uno de sus amigos. «Ha pasado algo grave», le dijo. «He perdido a mi mujer». El amigo, que algo debía de saber, llamó a su esposa y la amenazó: «¡Cuéntaselo!». Y esta confesó: «Se ha quedado en el río». El hombre bajó al río más encendido que un tizón, pero al llegar se encontró con una buena lumbre y una olla de la que se escapaba un aroma succulento. El hambre pudo más que la furia. Se sirvió un estofa-

do que se le deshizo en la boca, así que se guardó los gritos para cuando tuviese la barriga llena. Y encontró el manjar tan rico que no salía de su asombro. Se lo terminó todo y entonces, repleto como estaba, le venció la pereza y se durmió. Al despertar, pudo acercarse al río y lavarse con toda el agua que quiso. Mientras tanto, sobre el fuego, dentro de la olla, otro guiso empezaba a borbotear. «Aquí tengo todo al alcance de la mano», le explicó su mujer. «Y cuando regreses de nuevo, habré recogido arroz salvaje de la orilla y el estofado aún estará más sabroso».

Al atardecer, el hombre desmontó la tienda que tenía arriba, en el poblado, y la bajó al río, con todos sus enseres. Más de uno se rio de él. Sin embargo, se le veía tan satisfecho que, un día más tarde, ya se habían plantado tres tiendas más junto al río. Y al poco tiempo, todo el pueblo se trasladó allá abajo, menos el jefe, que continuó empeñado en fumar sobre su roca, y allá permanecerá aún, seco como la mojama y con la cabeza cubierta de cagarrutas.

De aquella gesta salió el primer nombre. Fala, llamaron a la mujer, que significa *cuervo*. Y su esposo recibió el segundo nombre: Nitis, *buen amigo*. Él se convirtió en el nuevo jefe y se dispuso que, a partir de entonces y para siempre jamás, sería el consejo de las mujeres el que decidiría dónde se debía instalar el poblado. Y también fue a partir de entonces cuando se instauró recibir el nombre al cumplir quince inviernos, que era la edad que tenía la primera Fala al recibir el suyo.

A mí también me pusieron Fala, como a ella. Y me lo pusieron por ella, claro, y por mi cabello oscuro

como ala de cuervo, y también porque yo era hija de jefe y nieta de jefe, y algún día tendría que ser también la mujer del jefe. Porque mi padre sabía dirigir la caza, resolvía con sensatez las disputas que se encendían en el pueblo, y recibía con el protocolo pertinente a los extranjeros que nos visitaban. Y no le habría temblado el pulso si hubiera tenido que pintarse los colores de guerra y encabezar a los guerreros en la batalla. Mi padre era el jefe ideal. Pero no había sabido hacer hijos. Solo le habían salido hijas. Así que transcurridos los años se resignó y, convencido de que ningún hijo suyo heredaría su cargo, se conformó con ponerme el nombre que debería llevar la mujer del jefe.

La ceremonia se celebró poco después de instalar nuestro poblado en el enclave de verano, en un prado de montaña. Del fondo del valle llegaba el fragor de un río por el que saltaban las aguas aún bravas de las últimas nieves. Tampoco nos hacía falta acercarnos allí, salvo para pescar, porque el consejo de mujeres, como siempre, había previsto que nuestro campamento estuviera cerca de un manantial. Y teníamos el bosque al lado, pero a una distancia que impedía que zorros, comadrejas o lince aprovecharan la sombra de los árboles para reptar hasta nuestras despensas o asaltar los secaderos de carne y pescado.

Las tres muchachas que teníamos que pasar la ceremonia ayunamos un día entero. «Con eso basta», sentenció mi abuela. Luego, me obligó a lavarme de la cabeza a los pies, antes de entrar en la cabaña de sudar. Dentro nos esperaban todas las mujeres del consejo. Yo me debatía entre la ilusión, la vergüenza, el respeto

y la pena por lo que se avecinaba. Porque dejaría mi infancia atrás. Y me cortaron las trenzas. «Guárdalas para siempre», dijo mi abuela, y me las puso dentro de una bolsa hecha para ese propósito. «Ellas te recordarán todos tus juegos». Entonces proclamó las grandes revelaciones, revestidas de mucha pompa, pero sin perder su sentido del humor, y aquella lista de verdades pronto derivó en una competición por cuál de aquellas señoras, de pieles curtidas y lengua venenosa, contaba la gesta más picante. Y las tres muchachas desnudas nos sacudimos así el primer susto, y empezamos a reír. Reímos sin parar. Después cantamos, bebimos y nos restregamos la piel. Y salimos transformadas. Más que por lo que habíamos aprendido, por la convicción de que aquella era la gente con la que queríamos estar. Ellas eran nuestra gente, nuestra patria, el cojín que nos paraba la caída, el empujón que nos permitía emprender el vuelo, el sol del invierno y el agua fresca en el bochorno, y las llevaríamos siempre en el corazón, por muy lejos que nos mandase la vida. Y cuán lejos que me habría de mandar a mí...

Y después de sudar un montón, nos remojamos y nos enfundamos en unos vestidos nuevos, nos ciñeron una corona de flores en el pelo, y así entramos en el corro de la gran hoguera, luminosas, radiantes aún por la alegría que nos habían contagiado las mujeres. Y entendí por qué siempre me había parecido que las muchachas que nos habían precedido entraban iluminadas, transformadas. Aquel día era yo, éramos nosotras tres, sintiendo que andábamos por encima de una nube. La flojera del ayuno, el sudor y la bebida

debían ayudarnos en el tránsito, pero yo habría jurado que sobrevolaba el mundo y, si en aquel momento nos hubieran dicho que éramos inmortales, nos lo habríamos creído.

Y así, delante de todos, fue como mi abuela me ofreció el nombre: «Tu nombre es Fala», sentenció. «Tu nombre es Fala», repitió Misu, el viejo curandero. «Tu nombre es Fala», tuvo que aceptar mi padre, resignado a que, en lugar de un hijo que lo sucediera como jefe del poblado, tenía que conformarse con una hija que algún día sería la mujer del jefe que lo sucedería.

Y comimos y bebimos, y nos sentamos a la derecha de mi abuela, y los muchachos que bailaron la danza del ciervo y del oso no podían evitar lanzarme miradas anhelantes. Y aquella noche, te lo prometo, habría conseguido que bailasen todos sobre la palma de mi mano. «Y ahora a esperar que venga cualquier mentecato a pedir su mano», oí más tarde que mi padre le susurraba a mi madre. Pero ni aquello me bajó de la nube en que estaba esa noche, porque esa noche me sonreían todos los astros del cielo.

Sin embargo, no, no tengas prisa, que este festín no es el banquete con el que empieza esta historia. Y tampoco te preocupes, porque no tardará en llegar. Lo que ocurre es que llegará cuando tenga que llegar. Antes, aunque solo sea por un instante, déjame detenerme en aquella noche en que me sentí única, llena, completa.